

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16
Por seis id.	32
Por un año.	60

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion.	24 reales.
Por comisionado.	26

ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

En lo sucesivo dejaremos de remitir el «Gil Blas» á los periódicos que no cambien con él. No queremos gastar pólvora en salvos.

LO DE ITALIA.

Sr. D. Alejandro Llorente.

La cuestion de Italia llama otra vez á la puerta: á usted le toca abrir, que es ministro de Estado.

Por cima de todos los intereses están los intereses de la nacion. ¿Digo algo?

Asi al menos se ha creido siempre, salvo el parecer de los moderados.

La capital de Italia se trasladará á Florencia desde primero de año.

Tenemos un microscópico representante cerca ó lejos del rey de Cerdeña.

¿Qué va á hacer aquel señor el día que se traslade á Florencia Victor Manuel?

El rey de Cerdeña desaparece, y con él el pretexto de sostener allí un encargado de negocios, que no puede ir á Florencia sino en virtud del reconocimiento del reino de Italia.

El comercio, la industria, los intereses, la vida, en fin, de los españoles han menester seguridades en ese territorio, dotado por la naturaleza con todas las galas de un cielo así... y un mar *asao*... y unas flores... y unos rios... y toda esa poesía que V. puede figurarse ó no, segun le convenga, y que yo suprimo por que no hace al caso.

El caso es que el gobierno español está en el deber preciso de reconocer el reino de Italia, que ustedes llaman *nuevo* y que pronto será *viejo*, segun pasan los años y los ministerios.

Tenga V. presente, D. Alejandro, que un día ú otro caerá V. del poder. Duro es saberlo, pero, amigo mio, los ministros en España viven menos que los periódicos y las zarzuelas.

Y el día que caiga V., D. Alejandro de mi alma, todo el mundo dirá por ahí:—¡Buen petardo nos ha dado el Sr. Llorente!

Y nadie hará á V. caso cuando hable de liberalismo; aunque á decir verdad, y aquí para entre los dos, á esto debe estar V. acostumbrado.

Es preciso hablar claro y en prosa lisa y llana para que nos entendamos de una vez, con mil demonios.

¿Hay obstáculos al reconocimiento del reino de Italia?

¿Dónde están, cuáles son?

Sébase quien es Calleja.

V. ha opinado siempre en favor del reconocimiento.

Yo mismo, aquí donde V. me vé, digo, ahora no me ve V., pero es igual; yo mismo lo he oido de sus lábios.

Y cuando un ministro, como yo creo que deben ser los ministros, no puede realizar sus ideas en el gobierno, no le queda otro recurso que abandonar la silla ministerial; por que es mejor vivir en paz con la conciencia que no luchar atormentado por eternas contrariedades y miserias políticas.

Si V. hace caso de lo que dicen los neos, jamás saldremos del atolladero.

Los neos meten mucho ruido, hablan de religion, de infamias soñadas y de otras cosas que no tienen que ver con el reino de Italia.

Lo mejor es no hacerles caso.

¡Pobre gente que se ha empeñado en hacer el oso, y se va saliendo con la suya!

Dentro del criterio moderado tiene V. una solucion, si no quiere valerse de la nuestra.

Esta solucion es la teoría de los hechos consumados.

El reino de Italia existe, vive, *es*, como ahora se dice.

¿Puede el gobierno español luchar contra la corriente?

Pues ¡ea! el que no se embarca no pasa la mar.

No imite V. á ese pobre ex-rey de Nápoles, que se resistió á reconocer nuestro gobierno constitucional, y nuestro gobierno constitucional dura todavia, aunque echado á perder, mientras que él, sin cetro y sin corona, vaga solitario por las orillas del Tiber hecho un caballero particular.

Un paso adelante, D. Alejandro, que bastantes ha dado V. hácia atrás.

O de lo contrario, deje V. la dorada poltrona.

Con este motivo, soy de V. hasta cierto punto afectísimo servidor,—GIL BLAS.

Por la copia:

LUIS RIVERA.

POLITICA ESPAÑOLA.

La política de nuestro país, cansada de aventuras, se ha quitado el antifaz por completo, y lanzándose á la via pública como una mujer de tres al cuarto.

Hace pocas noches que *Gil Blas* tropezó con ella en la calle del Lobo, oscura como boca de idem. Iba sola, y mal envuelta en los pliegues de *El Diario Español*.

Gil Blas no ha tenido nunca pretensiones de seductor, ni, como tantos otros, ha sacado á subasta su físico; pero eso no quita que al pasar junto á ella, se oyerá con muchísimo placer llamar hermoso.

—Yo hermoso ¡qué locura! exclamó parodiando una cancion de la *Campana de la Ermita*, zarzuela mal comprendida por el público, y peor ejecutada por los actores de Jovellanos.

—Sí, niño, y te lo llamo por lo mismo que te conozco.

—Yo tambien creo reconocerte, y hasta me parece que hemos sido amigos alguna vez; ¿cómo te llamas?

—De pequeña me llamaban la felicidad del país; pero hace ya algunos años, solo me conocen con el apodo de la política.

—Vamos, ese es por lo visto tu nombre de guerra.

—De guerra, sí, hijo mio, de mucha guerra.

—¿Luego has sido tú la que engañaste á nuestros padres?

—Eso se cuenta, pero yo creo que ellos me engañaron á mí.

—¿Y no estabas casada cuando nos conocimos?

—Sí, lo estuve algun tiempo con el decoro, pero tuvimos que divorciarnos en seguida.

—¿Y por qué?

—Porque era un marido muy exigente, y yo una mujer muy caprichosa.

—¿Entonces, de qué vives hoy?

—Cobro una pension del gobierno, y lo que saco además á los liberales, á quienes entretengo con esperanzas.

—¿Es decir que tú eres tambien eso que el vulgo suele llamar la *Cosa pública*?

—Justo; me dan ese nombre todos los que me adulan despues privadamente.

—¿Tendrás por supuesto muchos adoradores?

—Ya lo creo; para mí se escriben diariamente mas de treinta periódicos llenos de declaraciones y ternizas; por mí riñen á cada paso los padres y los hijos; de mí depende la tranquilidad de los pueblos, el alza y baja de los fondos, la seguridad individual, y el porvenir de los empleados, que son, como sabes, la inmensa mayoría de la nacion.

—¿De manera que tu poder es infinito?

—Sin duda; hago revoluciones en Francia, leyes en Inglaterra, atrocidades en Polonia, tonterías en América....

—¿Y en España?

—En España no hago mas que *negocios*.

—¿Acaso tienes en el extranjero mas partido?

—No, pero tengo menos partidos.

—Tuya es la culpa; si en vez de abrir tus brazos á todos, rechazáras al que no te merece y castigaras al que te explota, otra seria tu fortuna y la nuestra.

—¿Y qué quieres? ese es el único medio de vivir con todos; aquí los principios son despues que los hombres; la conveniencia antes que la conviccion; y por lo tanto es preciso dejar á un lado las ideas y no ocuparse mas que de personalidades.

—Dices bien, aquí todos los partidos tienen que hacerse responsables de las extravagancias ó caprichos de sus gefes; si Narvaez baila, si O'Donnell conspira, si Olózaga acomete, si Castelar declama, los mo-